EUSEBIO DE GORBEA LEMMI

La muñeca de los viejos

COMEDIA EN UN ACTO

(Premiada en el concurso de EL LIBERAL)



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

LA MUÑECA DE LOS VIEJOS

LA MUÑECA DE LOS VIEJOS

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

EUSEBIO DE GORBEA LEMMI

(Premiada en el concurso de EL LIBERAL)

Estrenada en el TEATRO LARA el 7 de Mayo de 1909

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

1909

A mi padre.

Eusebio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMEN (28 años)......................	SRTA. BREMÓN.
INÉS (6 íd.)............................	NIÑA PRIETO.
EL POETA (80 íd).....................	SR. RUBIO.
EL GENERAL (70 íd.).................	SIMÓ-RASO.
ANDRÉS (60 íd.)........................	MORA.
EL PASTOR.............................	PACHECO.

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO UNICO

Salón de una quinta amueblado á la antigua. Armaduras y panoplias, le dan el aspecto de una sala de algún feudal castillo. En el foro una gran puerta deja ver un extenso parque.
A la derecha del espectador, una mesa y dos sillones: uno entre el muro y la mesa, dándola frente; otro ante ella y frente al público. A la izquierda un diván; y en él, acostada cual si fuese una niña, una muñeca grande, vestida con elegante sencillez.
Anochece.

ESCENA PRIMERA

El GENERAL y ANDRÉS

El General está sentado en el sillón que hay detrás de la mesa, y escucha los versos que lee Andrés. Éste, que fué asistente del anciano desde que dió principio la vida militar de los dos, es considerado en la casa, más que como criado distinguido, como alguien de familia, Está sentado en el otro sillón

ANDRÉS

(Leyendo.)
«Ni la muerte es desdicha, ni la vida es ventura...
Ni el vivir da tristeza, ni el morir da dulzura...
Tú, que esperas un sueño que te suma en la nada,
mira el sol infinito: ve su frente dorada
y ama al sol, que es la vida...

Tú, que temes un sueño que te arranque de un mundo,
ve la noche infinita: su silencio profundo
es la paz tan querida...
Ni el vivir es tristeza, ni el morir es dulzura...
No es la muerte desdicha... No es la vida ventura...»

GENERAL

(Hablando para sí.) Ni el vivir es tristeza... ni morir tampoco.. ni es ventura... ni es desdicha... Bueno, Andrés; déjalo ya. Si seguimos con estas lucubraciones de mi hermano, acabaremos todos volviéndonos tan locos como él. No leas más.

ANDRÉS

(Se levanta y deja el papel sobre la mesa.) Mi General, como usted quiera... pero... la verdad, yo... A mí todo lo que él escribe me parece hermosísimo.

GENERAL

¿Te gusta?...

ANDRÉS

¡Oh, ya lo creo!

GENERAL

¿Y lo entiendes?

ANDRÉS

Tanto como eso... á mí me parece que... En fin; me gusta, señor. Yo no sé otra cosa.

GENERAL

(Inclina sobre el pecho la cabeza.—En voz baja.) Y á mí... á mí también me agrada... Parece que mi hermano sólo nació para consuelo mío... ¡Benditos los poetas, si, como mi poeta, viniéron al mundo para consuelo de los que tienen alma!

ANDRÉS

Señor... yo no sé explicarme... no acierto á encontrar las palabras... Pero yo creo que á su hermano se le metió Dios en el corazón cuando le hizo.

GENERAL

Así fué, Andrés; así.

ANDRÉS

Yo poco puedo entender de estas cosas; pero nunca podré olvidar que los ratos más felices de mi vida á él los debo.

GENERAL

(Siempre pensando lejos.) También yo.

ANDRÉS

Aún recuerdo aquella noche de Diciembre en que estrenó su primer drama. De memoria sabía yo los versos. Y aún hoy..

GENERAL

¡Cuánto tiempo ha pasado!

ANDRÉS

Muchos años, señor. Pero como si fuese un día. Veo la gente, veo el teatro, le veo á él... Escucho aquel estruendo que al principio me sonó mal, porque creí que indicaba algo malo. Pero cuando salió, cuando aquellos señores que hacían la comedia le empujaban y tiraban de él, y la gente aplaudía como loca, comprendí y me deshice las manos como los otros. ¡Válgame Dios, qué estrépito! ¿Usted se acuerda?

GENERAL

Sí; era el primer rugido de la gloria. Cuando á esa diosa la despierta un amante nuevo, siempre ruge.

ANDRÉS

Desde entonces...

GENERAL

Desde entonces paseó su existencia por un campo de flores, es verdad. Mas todo acaba. Ya empieza á hundir sus plantas en la nieve por donde yo camino. Que le espere la muerte con su corona de laurel, que le espere con su cruz de madera, es igual. Blancos son sus cabellos, blancos los míos, los tuyos casi blancos... Las mismas penas nos empujan allá, á ti, á él, á mí... (Inclina el rostro y todas las penas de su vida cruzan por su frente.)

ANDRÉS

(Mueve á uno y otro lado la cabeza, como si le disgustase lo que el General dice. Tras breve pausa habla resuelto.) Yo quisiera que usted me perdonase lo que voy á decirle.

GENERAL

¿Qué?

ANDRÉS

No sé si será un atrevimiento... pero... Hay algo, no sé qué... pero hay algo que me hace tener más confianza en su hermano que en usted, mi general.

GENERAL

¿Eh?

ANDRÉS

Cuando le oigo hablar como ahora habla, tengo que acordarme de lo que él dice para confiar en... en muchas cosas.

GENERAL

¿Qué estás diciendo?

ANDRÉS

Que me alegra su alegría. Que la tristeza eterna que usted tiene, se despega de mí. Que él, con una palabra de esperanza, me arrastra. Que cuando él dice:—«Mi Carmen vivirá»,—veo vivir á mi querida señora, y vuelvo á ver luz en sus ojos y alegría en su alma.

GENERAL

(Sonríe bondadoso ante el arranque de lirismo) Sí.. ya lo sé... Son muchos los años que llevas educándote en sus sueños para que ahora no te convenciese, con una sola de sus muecas de poeta, de cuanto le dé gana. (Pausa.) Mira, Andrés; cada vez que me acuerdo de ti como eras antes; cada vez que me llega á las mientes tu figura de antaño, cuando viniste á ser soldado, que ni leer sabías; y cuando se me representa mi hermano, el poetastro, como entonces le llamaba yo, enseñándote á conocer las letras en aquellos cartelones en que escribía versos con caracteres de á cuarta para que aprendieses á leer, siempre me río.

ANDRÉS

Ríase cuanto quiera. No me importa que se ría de mí. ¡Ojalá riéra siempre!

GENERAL

No... no es eso, Andrés. Si con estos recuerdos parece que se alegra mi alma, es que las ilusiones de aquellos días, muertas ya, dejaron el fuego fatuo de su luz y á cualquier vientecillo de aquel tiempo fulguran.

ANDRÉS

Pero, señor...

GENERAL

Tú lo sabes muy bien. Tres grandes amores fueron los míos: el de mi patria, el de *mi amor* y el de mi Carmen, mi hija bendita. Fueron sus tres venturas las que

pudieron hacerme venturoso... Mas ve las dichas de mi patria; recuerda ya, si puedes, qué fué de mi amor... Y cuando aquellas penas mías comienzan á endulzarse; cuando su consuelo viene á abrazarme con los brazos de mi hija, con los del hombre que la ama, y á besarme en la frente con la boquita de mi nieta, muere el esposo bueno, muere la nietecita de mi vida y queda mi Carmen muerta, sin esposo, sin hija, sin alma... ¿No sabes esto tú? ¿No lo sabe él? ¿No lo habéis visto?

ANDRÉS

Mi general...

GENERAL

Pues entonces, ¿qué esperáis? ¿Qué espera el poeta que le traigan las musas? ¿Qué esperas tú de él que tanto esperas? ¿Va su poesía á resucitar á mi nieta? ¿Va con sus versos á volver la razón á mi hija? Entonces, ¿qué esperáis?

ANDRÉS

Señor...

GENERAL

Yo en nada creo, Andrés; no espero nada.

ESCENA II

DICHOS y el POETA

POETA

(Entra frotándose las manos, con alegre ademán.) Ya se hundió el sol. Empieza á levantarse un fresquito que hace cincuenta abriles me parecía delicioso. ¿Qué haces, mi valiente guerrero?

GENERAL

Ya lo ves. (Pasea en el fondo. A veces se detiene en la puerta y mira al jardín.)

POETA

(A Andrés.) ¿Y tú? ¿Contabas á tu dueño las aventuras de cuando eras su paje? ¿O eran escuderiles las remembranzas?...

ANDRÉS

No son malas aventuras...

POETA

Qué, ¿clamabais á los cielos?

ANDRÉS

El señor, que no deja á sus penas un punto de reposo.

POETA

¡Bah! No le hagas caso. Tu general se ha vuelto loco. Las campañas del duque de Alba le truncaron la vida, le sorbieron los sesos. Anda, tráeme una copa de Jerez. (Al General.) ¿Quieres Jerez, tú?

GENERAL

No; no quiero nada. (Andrés sale por una puerta que habrá á la izquierda.)

POETA

Haces bien. (Se aproxima á la mesa, coge el papel y lee.) «*Ni la vida es desdicha, ni la muerte es ventura... Ni el vivir da tristeza...*» Bueno. (Lo deja y se acomoda en el sillón. Pausa.) ¡Qué bien me encuentro aquí, querido general! ¡Y cómo me pedía el espíritu este reposo inmenso que nos envuelve en esta casa! Lejos del mundo, en el campo, con el mar por fronteras... Me recuerdan los días estos, aquellos, de la infancia, en que nuestros padres venían á la quinta con nosotros.

GENERAL

Dichoso tú si hallas tranquilidad donde nos ha traído la desgracia.

POETA

¿Y se puede saber qué encuentras tú? ¿qué es lo que buscas aquí?

GENERAL

No será la belleza de ese campo que á ti te place, ni ese mar que tan absorto te tiene, ni ese sol que, como un papanatas, miras hundirse todos los días.

POETA

¿Qué es, entonces?

GENERAL

Bien lo sabes.

POETA

Lo sé, es verdad. Buscas el aislamiento del dolor; huyes de lo que pueda distraerte, porque quieres sufrir. Te encierras en un sótano, para no ver el día, cuando el día te puede consolar. Te repugna la luz, y no comprendes que, á fuer de andar á obscuras, acabarás siendo un murciélago... ¡Ah! Pero yo estoy aquí para mostrarte el sol... (Andrés ha entrado con una copa de Jerez.)

ANDRÉS

¿Se lo dejo en la mesa?

POETA

Sí; déjalo.

GENERAL

(Que parado en la puerta mira al jardín.) Andrés, ven acá... mira... ¿Ves la fuente grande?

ANDRÉS

Sí, señor.

GENERAL

En el banco de piedra está mi hija. Vete por allí cerca. Es de noche, y no quiero que esté sola.

POETA

No tardará en venir. Su muñeca la llama...

GENERAL

No importa. (Andres vase al jardín.)

ESCENA III

El POETA y el GENERAL

POETA

(Saborea deliciosamente unos sorbitos de Jerez.) ¡Aaaaah!... Chico, qué rico es este vino... Ya es viejo, ya... Apuesto cualquier cosa á que tiene, año más año menos, los que tú... ¿No te parece que es edad respetable?

GENERAL

Mira... haz el favor de dejarme en paz. Si tienes gana de broma, yo no tengo ninguna.

POETA

Te advierto que nada más lejos de mi ánimo...

GENERAL

Bueno, déjame de una vez. Te empeñas en parecer un chiquillo, y no me hace gracia el espectáculo.

POETA

¿Un chiquillo? (Poniéndose en pie.) ¿Si tendré ochenta meses, y no ochenta por doce?

GENERAL

Lo parece al menos.

POETA

¿Y tienes envidia? ¿Envidia de mí? ¿Es la envidia lo que tan furioso te pone?

GENERAL

No acabarás de decir tonterías.

POETA

(Va hacia su hermano, con los brazos abiertos; apoya uno en la espalda del General y le trae al centro de la escena.) Ven acá, hermanito querido, pequeñín de mi vida, mocosuelo de mis entrañas... Voy á mostrarte el mundo por un agujero, para que te regocijes... Ven acá...

GENERAL

(Dejándose abrazar.) Siempre serás el mismo.

POETA

Genio y figura, mi guerrero; genio y figura.

GENERAL

Paciencia y paciencia.

POETA

Vamos á ver. ¿Qué es lo que más te place? ¿La noche ó el día? ¿El sol ó la sombra?

GENERAL

Me es igual.

POETA

¿La leche ó la tinta? ¿Te beberías tú un vaso de tinta? Vamos á ver...

GENERAL

¡Válgame Dios!...

POETA

¿No? Luego amas lo blanco, la claridad, la luz, el sol... Te repugna la tinta. Odias la sombra. No te agrada caminar en la noche...

GENERAL

Vas á acabar por volverme loco. Cuando estás de vena, me pones la cabeza como una olla de grillos.

POETA

Los grillos cantan, mi valiente guerrero. La música de grillos es música de campo...

GENERAL

¿Y no te dará igual marcharte ahí fuera, á cantar con los grillos, y no zumbarme en las orejas como un moscón?

POETA

¡Cá! Ahora menos que nunca. Te he rendido. Te me has entregado y tienes que escucharme. Ya te pasó la furia.

GENERAL

Siempre acabas haciendo lo que quieres de mí...

POETA

¿Me escucharás tranquilo?

GENERAL

Qué remedio.

POETA

¿Hablaremos formalmente?

GENERAL

Eso, á tí es á quien ha de preguntarse.

POETA

Adelante, pues. (El General se sienta en el diván, junto á los pies de la muñeca. El Poeta pasea.) Pero quiero que me digas, primero, por qué te pesa tanto el verme alegre.

GENERAL

Porque mientes... Porque eres bueno y quieres engañarme. Sé que toda tu tranquila dicha es falsa. Lloras, como yo, por la nietecita muerta. Lloras por nuestra Carmen; buscas su cerebro vacío, y quisieras llenarlo de vida... Y ves lo imposible, y quieres no sufrir y que no sufra yo...

POETA

¡Alto ahí! Tal vez tengas razón en algo de eso. Es cierto. También el dolor ha llegado hasta mí, pero no finjo. Mi esperanza es verdad. Confío en todo. Espero en mucho.

GENERAL

¿En qué?

POETA

No sé en qué; pero espero. Quizá en eso está la fuerza de mi esperanza. Carmen vivirá... Vivirá porque su

corazón no ha muerto. Su corazón ama... Ama á un pedazo de cartón; á una pasta embadurnada que finge un rostro; á una cabecita con cabellos de estopa... Pero ama. Cuando algo grite fuerte junto á su corazón, el corazón despertará. Y como él vive aquí arriba, como en el cerebro tiene su casa, volverá á pensar cuando empiece á sentir, volverá la luz á sus ojos y la alegría á su alma. Y Carmen vivirá.

GENERAL

Tú siempre venciste. Por eso crees. Pero á mí me derrotaron siempre. Tus ensueños de joven, cumplidos están. Mis ensueños... Ya ves... Vacío el hogar... vacío *el otro hogar*... Todo vacío...

POETA

¡Ah! Ya salió *el otro hogar*... Sobre tus pesares, los pesares ajenos. Sobre las penas de tu *hogar chico,* las del *hogar grande.* A los setenta refulge la manía de la patria, como en mí, á los ochenta, sigue la de hacer versos... Lo siento mucho; pero tan carcomida está mi pluma como tu espada. Además, nada tiene esto que ver con Carmen. (Va hacia la puerta y mira al jardín.)

GENERAL

Sí tiene. Todo lo que en el alma vive, allí se abraza. Veces hay en que mi hija y mi patria me parecen lo mismo. ¡Tantos años busqué el alma de una, sin encontrarla por ninguna parte, que al escapar el alma de mi Carmen me pregunto si no habrá ido á parar al mismo sitio!

POETA

(Se vuelve rápidamente.) ¡Chist! Carmen viene. (El General se pone en pie; el Poeta se sienta en el sillón, ante la mesa.)

ESCENA IV

DICHOS y CARMEN

CARMEN

(Al entrar se detiene en el umbral.) ¡Oh! Cuánta luz... cuánta luz teneis, mis viejitos... El jardín está ya tan oscuro...

GENERAL

(Acercándose á ella enternecido.) Hija mía... ¿Luz? ¿Ves tú luz? Pero... pero si está...

POETA

(Interrumpiéndole bruscamente.) ¿Tú qué sabes? Cállate... ¿Tú qué entiendes de luz y de sombras? Tienes razón, Carmela; hay luz... mucha luz... ¿No te agrada?

CARMEN

Sí, me agrada... pero, no sé... Como fuera es de noche... (Habla con naturalidad, ingenuamente. Ni hay en sus ojos nada de extravío, ni cosa extraña en su rostro. Toda ella respira una placidez santa, una dicha tranquila. Su voz tiene destellos de alegría.) Aquí hace sol, hay luz de medio día... Qué bien estais aquí, mis viejecitos... Pero os quedaréis pronto en la sombra. Es que está mi nenita, la hijita mía que os envuelve con su claridad... Mas tengo que llevármela... Pobres míos, os dejaremos solos. (Se aproxima á su muñeca, con cuidado, como si temiese despertarla; la coge en sus brazos y blandamente la acuesta en su pecho.)

POETA

No te importe, chiquilla. Esperaremos con paciencia, que no os vais para siempre.

CARMEN

Además, hace ya mucho tiempo que está con vosotros. No tendréis queja, ¿verdad?

POETA

No, hija, no...

CARMEN

Ni la habréis despertado...

POETA

¡Claro!

CARMEN

¡Pobrecita de mi alma! Tiene tanto sueño... Un día me dijo que quería dormir eternamente, cerrar los ojos y no abrirlos nunca... ¡Pobre vida! No sabía ella que eso no puede ser. ¿Cómo vivir las flores entonces? Pero desde aquel día se hizo tan dormilona, que sólo abre los ojos cuando tienen que dar la vida.

POETA

¿La vida con sus ojos?

CARMEN

La vida, sí... Tú no puedes verlo... ni tú tampoco. La nietecita, tiene sus secretitos que sólo cuenta á su mamá, ¿verdad, alma? Pero no se despierta... duerme... Yo os lo puedo decir.

GENERAL

¡Dios mío! (Inmóvil, inclina su cabeza, cual si en el suelo buscase su tumba.)

POETA

Cuéntamelo á mí todo.

CARMEN

Y á papá... á papá también. Acércate. ¿Por qué no vienes? ¿No quieres oirlo?

GENERAL

¡Oh, sí! Hija de mi alma... sí...

CARMEN

(Se sienta en una silla pequeña, ó taburete, que habrá en el centro de la escena.) Pues veréis... El caso es que casi no me acuerdo del día... A veces me parece que fué... no sé... hace muy poco... Otras veces se me figura allá... allá... muy lejos... Pero fué un día muy triste; no recuerdo por qué, pero fué un día triste... ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo: había yo soñado. Aquel día había yo soñado conque mi pobre nena ¡alma mía! (Estrecha á la muñeca con infinita ternura.) estaba enfermita, muy enferma... Había yo soñado que mi hija estaba muerta. ¡Muerta! Ya veis, así se dice... en seguida... con una palabra: muerta. ¡Oh, Dios! Cuánto sufrí... Porque estaba á mi lado; blanco su pechito desnudo, mirándome fijos sus ojos que brillaban sin luz... entreabierta su boquita sin besos... (Besando á la muñeca con arrebato de maternal desquite.) ¡Oh, mi cielo, mi vida, mi hija...! No, no, no; no quiero acordarme... fué un día horroroso, un sueño horrible... una pesadilla tremenda...

GENERAL

¡Carmen! ¡Mi Carmen!...

CARMEN

Pero no, padre mío, no... no te asustes. Aquello pasó.

POETA

Bueno; dejemos eso. Tú dices que pasó. Fué un sueño. De los sueños no se debe hacer caso, no hay que temer. El peor sueño es el que se vive al despertar.

CARMEN

Y ahí tienes: yo desperté y todo fué alegría. Encontré á mi nenita mirándome... besándome; pero ella entonces fué la que se durmió... y soñó también. ¿Y sabéis

qué soñó? Veréis. (Pausa.) Vivíamos en una casa. . así... no era esta, no... pero tenía un jardín como este, muy bonito. Mi niña paseaba en él, le amaba; pero tenía mucho miedo á la noche. Mas no querréis creerlo, os parecerá un cuento. ¿Os lo digo?

GENERAL

Sí, hija mía, sí...

POETA

Cuenta, cuenta tus sueños. Necesitas convencer á tu padre de que en ellos está la dicha. Cuenta y te creerá. Yo ya te creo.

CARMEN

Pues me dijo mi hijita, que cuando se durmió vió la ventana abierta. La ventana daba sobre el jardín y por ella contemplaba mi niña las estrellas del cielo. Esta vez se nublaron las estrellas... Y fué que una legión de pajarillos vino á posarse en la ventana, y unos cuantos llegaron hasta el mismo almohadón. Buscaban el amor de mi nena. Querían que, de noche, saliese ella al jardín. ¡Y si pudiérais verlo...! ¡Cuánta alegría, cuánta luz! ¿Qué importa que el sol se haya ocultado? Cuando mi nena va cantan los pájaros, se abren las flores... la besan, la acarician... y ella despierta al fin; la dormiloncilla de mi alma... Y me mira y me besa. Por eso quiero ir; no creáis que las flores y los pájaros me importan. Soy egoísta, ya lo sé. Pero ellos son tan envidiosos... Que se fastidien. Ellos despiertan á mi niña, y mi niña me besa. (Yendo hacia la puerta.) Para que me bese, me voy. No os duele que me marche, ¿verdad? Que me la lleve...

POETA

(Siguiendo el movimiento de Carmen.) No, hija, no.

CARMEN

Además, hace ya mucho tiempo que está con vosotros...

POETA

Sí, hija, sí; mucho.

CARMEN

Pues, adiós. (Vase por el foro con la muñeca.)

GENERAL

(Inmóvil.) (¡Mi Carmen!)

POETA

(Desde la puerta.) ¡Ah! Diles á las flores y á los pájaros que benditas sean sus verdades fingidas.

ESCENA V

EL POETA y EL GENERAL

POETA

(Tras breve pausa.) ¿Qué; te vas convenciendo?

GENERAL

¿De qué?

POETA

De que Carmen es más feliz que tú.

GENERAL

¿Que Carmen...? Mira, déjame. (Se sienta.)

POETA

(Yendo hacia su hermano.) Bueno. Si quieres, me oyes; si no, te tapas los oídos. Pero á ti, al sol, al universo entero, le digo yo que Carmen es dichosa, y que verter lágrimas por contemplar su felicidad... eso sí que es un martirio inútil. Y lo tomas por donde te parezca.

GENERAL

¡Qué paciencia, Dios mío!

POETA

Toda tu pena está en saber que la felicidad de Carmen es falsa. ¿No? En saber que esos besos que siente, no existen; que esos brazos que abrazan, no abrazan; que esa boca que besa es de cartón. ¿Tú sabes eso?... ¿Lo crees?... Tú qué sabes. ¿Por qué todos los besos que la hijita ponía en su muñeca no han de haber anidado entre sus labios para que los sienta su madre eternamente? ¿Me jurarás que no?

GENERAL

Cállate, por Dios; calla...

POETA

Pero ¿quieres decirme de una vez, pedazo de... Napoleón fracasado, qué felicidad cierta necesitas tú para creer en ella?

GENERAL

No sé á qué viene eso de Napoleón...

POETA

¿No me has dicho que hay momentos en que tu hija y tu patria te parecen lo mismo? Pues por eso. ¿Qué has hecho por tu patria? Tanto dolerse de sus males, tanto llorar por su razón perdida... y tú sin coger una espada, sin salirte á la calle á gritar y á convencer, á arrastrar á un pueblo y á un ejército; y sin llevártelos á Rusia, ni á las Pirámides, ni á Berlín, ni á Italia, ni siquiera á Carabanchel Bajo... ¡Bah! Creo que está justificado el fracaso de Napoleón.

GENERAL

Es imposible seguirte en esa avalancha de cosas raras que se te ocurren...

POETA

A tí sí que es imposible entenderte. Padre de una mujer que es dichosa con su desvarío, lloras por su dicha. Hijo de una patria que sufre, porque le arrancaron la razón y loca va sin saber á dónde, no haces en tu vida nada por salvar á tu madre.

GENERAL

(Levantándose de un salto.) ¿Eh? ¡Por vida! ¿Hablas ahora en serio?

POETA

Sí... creo que sí... Sin darme cuenta me he metido en ese *hogar grande* donde tantas afecciones has puesto.

GENERAL

Entonces, mientes.

POETA

¡Hombre! La indirecta no es muy...

GENERAL

Te engañas... porque no ignoras que he hecho por la madre lo que por mi hija no he podido hacer.

POETA

No te sulfures para eso.

GENERAL

Que he luchado con cuerpo y alma, que he alentado esperanzas y ensueños... Pero tienes razón, parece que no te conozco. Todo esto lo dices para despertarme, para hacerme saltar y salir de este marasmo y vivir.

POETA

Bien. No es cierto. Lo dije solo por embromarte. Ya ves si soy dócil.

GENERAL

Entonces...

POETA

¿Qué?

GENERAL

Nada. (Vuelve á sentarse.)

POETA

Me alegro. Quedamos, para terminar de una vez, en que por tu patria bien puedes llorar; pero por Carmen, no.

GENERAL

Como quieras.

POETA

¡No, señor! ¡No es como yo quiera! ¡Aunque yo no quisiera sería así! Es la muñeca de tu hija la que da la dicha; son los muñecos de tu patria los que arrancan la de su madre. Ya ves que no es igual.

GENERAL

¿Y eso lo sabes desde...?

POETA

¡Siempre!

GENERAL

¡Ah! Y entonces, ¿qué hiciste en tu existencia, para desbaratar tanto muñeco? Madre es la patria del militar y del poeta. La plumada certera hiere tanto como la espada dirigida al corazón. ¿Heriste alguna vez?

POETA

Muchas.

GENERAL

¿Triunfaste?

POETA

Como tú. Bien lo sabes... Pero no me sulfuras, no. Quieres vengarte de lo que te dije. Pero no me importa. Salió la patria á relucir y acabó por deslumbrar. ¡Bendita la hora en que nací en su suelo, y benditas las esperanzas tuyas y las mías, y benditos los sueños de todos los que sueñan con el despertar del león!

GENERAL

Benditos.

POETA

¡Quién pudiera vivir otra vez!

GENERAL

¡Quién pudiera vivir lo bastante!

POETA

¿Crees aún?

GENERAL

Creo en los hombres. Espero.

POETA

¡Oh, no! No espero de los hombres. Creo en los niños.

GENERAL

¿Eh?

POETA

Ese ha sido mi sueño. Como la nietecita, yo he soñado también.

GENERAL

Yo también he soñado.

POETA

¿Con la fuerza?

GENERAL

Con un desierto inmenso. (Mirando al suelo como si en él fuese leyendo las palabras.) Con un erial, erizado de rocas, donde los seres eran piedras. Es decir... no sé si eran piedras ó eran bloques de hielo. Quizás el hielo revestía corazones de piedra... Es el caso que todo era muy duro y muy frío. Aquello era mi patria.

POETA

Triste patria.

GENERAL

La noche era muy densa, interminable. En años y años no aparecía el sol. Ni un rayo de luz, ni un aliento, ni calor, ni vida... Pero una vez brilló á lo lejos una cinta de fuego ó de sangre. Y vi algo... y distinguí los bloques. El hielo, era hielo. Las piedras no eran piedras, eran cráneos. El sol llegó al fin y liquidó las vestiduras frías. El calor dió la vida; aquellas moles inertes se movieron, se alzaron y se cubrió el desierto de una nube grandísima de guerreros, de héroes, de vencedores...

POETA

¿Guerreros? ¡Bah!

GENERAL

(Levantando la frente y brillando sus ojos de entusiasmo.) ¡Ah! Si hubieras visto, como yo, avanzar la avalancha... Si hubieras escuchado aquel ensordecer del universo, con el galopar de los corceles... Si hubieras visto palidecer el sol, ante aquel brillo de armas... Y el mundo entero para mis soldados... ¡Oh, créeme! Los vencedores, los

héroes de mi patria deslumbrarán al sol. Y será la tierra un pedestal enorme que servirá de asiento á la figura de la patria mía. (Se oyen, á lo lejos, los gritos de un pastor y las esquilas de un rebaño que se aproxima lentamente.)

POETA

¡Pché! Yo no he visto un desierto, he visto algo peor: una planicie inmensa, poblada de hombres. Pero también he visto avanzar la avalancha de un ejército. No ensordecían galopes de caballos, ni deslumbraba brillo de armas. Sus gritos eran voces infantiles; sus armas inteligencias nuevas. Era mi ejército, un tropel de niños. Niños que se formen en rayos de verdad deslumbrante, y no entre obscuridades de mezquinos embustes... Serán hombres... no como estos que somos, sino como los que aún no han sido. Eso he soñado yo, y... créeme: el pedestal de nuestra patria lo formarán generaciones nuevas, *distintas* mejor dicho. Dame una infancia que se desarrolle mirando al sol, y allí donde encuentres algún rincón de sombra, aplica la tea que ilumine, aunque lo prendas fuego. (Pausa. Se oyen las esquilas del rebaño en la misma puerta de la quinta.) Te has enterado, ¿eh? Porque hay que ver lo que me haces charlar esta tarde... Pero, ¿qué te ocurre? ¿Te has dormido? (El General alza su frente.) Como no dices nada... ¿Qué piensas?

GENERAL

(Levantándose.) Que envidio á ese pastor que pasa conduciendo el rebaño.

ESCENA VI

DICHOS, ANDRÉS, el PASTOR é INÉS

ANDRÉS

(Desde la puerta.) Señor...

GENERAL

¿Qué ocurre?

ANDRÉS

Acaba de llegar un pastor que desea hablar con ustedes. Viene con...

POETA

La gran ocasión, chico. ¡Más oportuno!... Vete con el rebaño, y que se quede él aquí.

GENERAL

¿No sabes qué quiere? ¿No te ha dicho?...

ANDRÉS

No sé, mi General. Está aquí. Trae una niña pequeñita...

PASTOR

(Asomando. Cogida de su mano viene Inés, pequeña de seis años, despeinada, descalza y andrajosamente vestida.) Es caso de conciencia, mi General. Es una caridad. Si me dan ustedes su permiso...

POETA

¡Ah, eres tú, Manolete! Pasa, hombre, pasa. Tú no le conoces, porque no has hecho excursiones por las nubes. Pero yo le conozco. Pasa, pasa. (Andrés enciende la luz eléctrica.)

PASTOR

Ya me figuré yo que le encontraría por aquí, señor. Por eso me he atrevido...

POETA

Pero, ¿de dónde demonios has sacado esta chiquilla, Manolete?

PASTOR

A eso voy. Además, ya la conoce el señor.

POETA

¿Yo?

PASTOR

Un día, junto al río, el señor estaba de palique con un servidor, y la pequeña me trajo una bota de vino.

POETA

¡Ah!... ¿Y es esta la niña?... Es verdad. Ahora me acuerdo.

PASTOR

Es la hija de Nica... la Nicasia... la leñadora que vive... es decir, que vivía en lo alto del monte. Nos vendía vino á los que andábamos por allí, y se ayudaba. La pobre Nica...

GENERAL

¿Pero le ha pasado algo á esa mujer, ó qué?

PASTOR

A eso vengo, mi señor. Que este atardecío, al bajar con el rebaño, me detuve á echar un traguillo, y entré en la cabaña.

POETA

¿Y qué? ¿Quieres acabar de una vez?

PASTOR

Que me encontré á la Nica en el suelo, sin menear pie ni mano, y á la Inesilla dormida allí junto.

GENERAL

Pero la Nica...

POETA

¿Muerta?

PASTOR

Y bien muerta, señor. ¡Vaya si se marchó la pobre!

GENERAL.

¡Por vida de!... ¿Y qué has hecho tú, hombre; qué has hecho?

POETA

¿No has avisado á nadie?

PASTOR

¡Toma! Pues á ustedes. Yo he cogido á la chica, me la he bajáo del monte, y ahora voy al pueblo á avisar al alcalde. Pero el pueblo está lejos todavía, y la pequeña pesa y no puede ir andando; conque...

POETA

Tienes razón, Manolete.

PASTOR

Al rebaño, yo le azuzaré; pero quería que los señores me tuviesen á la Inesilla para hacer el *encargo* más aprisa. Conque...

GENERAL

Pues anda, vete corriendo, hombre de Dios; que esa pobre mujer... Anda, anda...

PASTOR

Gracias, mi señor General; muchas gracias. Yo...

POETA

Vete, hombre, vete...
(Vase el Pastor.)

GENERAL

(Voceando desde la puerta.) Y dí al alcalde que arregle todo de la mejor manera, y que todo corre de nuestra cuenta, ¿eh?

POETA

(Idem.) Que mañana temprano le veré yo.

PASTOR

Bien, bien... Muy bien... (Se oye cómo se aleja el rebaño.)

GENERAL

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Cuántos dolores y cuántas miserias! (Coge á Inesilla de una mano, y baja al proscenio.)

ESCENA VII

DICHOS menos el PASTOR. El General se sienta en el sillón, y acariciando á Inés, la coloca sobre sus rodillas. El Poeta avanza despacio, se retuerce el bigote y mira fijamente al suelo, como si se le estuviera ocurriendo alguna cosa estupenda. Andrés queda en el fondo

GENERAL

¡Pobre pequeñita!.. ¡Pobre Inés! ¡Te llamas Inés, ¿verdad, chiquitina?... ¿eh?... ¿Te llamas Inés? (La pequeña, entre absorta y asustada, no contesta.) ¿Cuántos años tienes? (Silencio.) ¿Cinco años?... ¿Seis? (Más silencio.) Pero, chiquilla, ¿no sabes hablar?... ¿Te han cortado la lengua? ¿O tienes miedo?... No tengas miedo, tontuela; si aquí... aquí te querremos todos mucho, pequeñina... Pobrecita mía. Vamos á ver. Suelta esa lengüecilla. ¿Cuántos años tienes?

POETA

Pocos, hombre, pocos...

GENERAL

¿Cómo te llamas?

POETA

¡Inés, hombre, Inés! ¿No te lo ha dicho Manolete?

GENERAL

Sí, lo ha dicho; pero...

POETA

Pues entonces... Qué manía de atormentar á los chiquillos. Siempre igual. «¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes?»

GENERAL

Pregúntala tú. A ver si quiere decirnos...

POETA

Di que no, chiquitina; no hagas caso. Aquí no tenemos que examinarte de nada. Cierra el pico, y cuando te pregunte este vejete, cállate.

GENERAL

No hace falta la recomendación, ¿verdad? Pero esta niña está casi desnuda... y descalza... ¿Está ahí Andrés? ¡Andrés!

ANDRÉS

Señor...

GENERAL

Mira: vete...

POETA

¡Alto ahí! Andrés no puede mirar nada, ni ir á ninguna parte.

GENERAL

¿Eh?

POETA

(A Andrés.) Anda... Estate ahí quieto. Espera un momento, que tenemos que hablar.

GENERAL

Si quiero mandarle...

POETA

A ningún sitio; necesito yo que esté aquí.

GENERAL

¿Para qué?

POETA

Para... no lo sé todavía. Me está naciendo el... Mejor dicho, me ha nacido ya, pero...

GENERAL

¿Quieres tener más tiempo así á esta niña?

POETA

¡No, hombre, no! Ven acá, Andrés. Tú, hazme el favor de seguir preguntando á Inesilla, cómo se llama y cuantos años tiene. Andrés, oye... (Se retira con él al fondo, y le habla en voz baja.)

GENERAL

Bueno... Mira, pequeña: este señor que ves aquí y que es, seguramente, quien te asusta, es un majadero, ¿sabes? Pero no le hagas caso nunca. Está rematado.

POETA

(A Andrés.) La llave la tiene en el cajón de su mesilla, ¿no?

ANDRÉS

Sí, señor; allí la tiene.

POETA

Pues la coges, abres el arquita, y aquí con todo. ¿Se te olvidará algo?

ANDRÉS

No, señor; ya sé... (Sale por la izquierda.)

GENERAL

Por supuesto que en esta casa... en esta casa... todos, todos estamos... (Su voz se va impregnando en lágrimas.) Yo también, pequeñita, yo también... Porque yo tengo que quererte, Inesilla... tengo que quererte... (Faltándole poco para sollozar.) Yo tenía una nena como tú, chiquitina.. No levantaba del suelo lo que tú levantas... Su pelo, como el tuyo... déjame que lo bese... Y la frentecilla... una frentecilla de flor... como esta. (La besa en la frente.) Y aquellos ojos... parecen estos ojos... Y su boca... y sus mejillas sonrosadas... Déjame que te bese, chiquitina; déjame... Desde que se fué mi nenita, no he besado... no he besado... (Besa á Inesilla con toda su alma, sin fijarse en que su hermano avanza contemplándolos, hasta que el poeta medio se arrodilla para poner su rostro al nivel del de la pequeña.)

POETA

(En tono de broma, pero dejando traslucir su emoción en el temblorcillo de la voz.) Y al otro abuelo, que lo parta un rayo, ¿eh? ¿Permite su excelencia que pose un ósculo sobre la frente pura de esta cantinerilla de aquel ejército de que hablábamos antes?

GENERAL

Sí.. besa... bésala cuanto quieras... (Se enjuga las lágrimas mientras el poeta besa á la niña.) A mí me parece que al besarla siento en su aliento... el de... la otra.

POETA

(En pie. Acariciando la cabeza de Inesilla.) Y es verdad. Es una su pureza. En el aliento de los niños no vibra más que un beso. Es el beso de Dios.

GENERAL

¡Pobre Inesilla!

POETA

No tan pobre. Cerca de ella ha pasado la muerte, pero también la dicha; porque...

GENERAL

Porque te quedarás aquí, ¿verdad?

POETA

(Volviéndose á inclinar.) Con nosotros...

GENERAL

Y te querremos mucho, mucho.

POETA

Y tu mamá también.

GENERAL

¿Eh?

POETA

Verás á tu mamá, que vendrá por tí.

GENERAL

Pero, ¿qué dices?

POETA

¿No lo entiendes?

INÉS

Mi mamá...

POETA

¡Ya habló! ¿Lo ves, militarote? Si no sirves ni para enseñar á hablar á un chico. Sí, vendrá tu mamá; y te querrá mucho, mucho... más que antes.

INÉS

En el cielo...

POETA

¿En el cielo? Sí; allí está. ¿Quién te lo ha dicho?

INÉS

Manolete.

POETA

Pues Manolete tiene razón. Lo que se le ha olvidado decirte, es que va á volver.

ANDRÉS

(Que trae un traje completo de niña, exactamente igual al que viste la muñeca de Carmen.) Señor; aquí está todo.

GENERAL

¿Qué es eso?

POETA

Ya lo ves. *¿Quieres tener más tiempo así á esta criatura?*

GENERAL

Pero es de...

POETA

De tu nieta, sí; ¿importa algo? ¿No querrás lo mismo á Inesilla?

GENERAL

Es que tú tramas otra cosa. Tú piensas en...

POETA

Ya verás lo que pienso yo. Ea; vistamos á la nena. Cuando Dios nos envía esta muñeca, para algo será. Muñeca contra muñeca, veremos cual triunfa.

GENERAL

Haz lo que quieras.

POETA

(Volviendo á la niña.) Vamos... trae ese piececín. Te vamos á poner más bonita que una rosa. ¿Ves? Estos zapatitos los compré yo cuando le regalé la muñeca... Igual que el traje... Cuando estaban juntas las dos, no sabíamos cuál era la muñeca y cuál la niña... Verás qué guapa, Inesilla, verás ..

GENERAL

Pero, estos colorines... Debiéramos vestirla de luto.

POETA

Después... Mañana, si quieres, Ahora hay que vestirla de esperanza, de alegría...

GENERAL

¡De esperanza!... ¿Crees que estás escribiendo un poema?

POETA

Creo que estoy viviéndole. Andrés, ten cuidado, vete á la puerta, no nos sorprenda Carmen. Toma; echa estos harapos en un rincón. (Al General.) ¡Pero ayúdame, hombre! ¡Ajajá!... Así; de pié... ¿Te hacen daño los zapatitos? Cá... si son grandes... Ahora esta manguita... Eso es... La otra... Un beso, chiquitina...

ANDRÉS

La señora está al extremo del paseo. Viene hacia acá.

POETA

¿Viene?

ANDRÉS

Muy despacio.

GENERAL

Apaga esa luz.

POETA

¡No, hombre! ¿Para qué? Déjalo así. ¿Vamos á jugar á...?

GENERAL

No sé qué juego es este. Yo no sé qué quieres de mí.

POETA

Que veas y oigas, y que te estés quieto. Ven, Inesilla, ven acá. (Llevándola al diván y acostándola como antes estaba la muñeca.) Mamá va á venir. Tal vez no la conozcas, así... al pronto. Pero no importa. Los que vienen del cielo no se parecen á los que venimos de la tierra... Siéntate aquí. ¡Ajajá! No te dormirás, ¿eh? Y no te asustes. Ya verás

qué guapa... Cuando la veas junto á ti, muy cerca, llámala y abrázala muy fuerte y bésala mucho. ¿Lo harás?... ¿Eh?... Sí. Bueno. Pero hasta entonces quietecita.

ANDRÉS

La señora está aquí.

GENERAL

¡Por Dios!

POETA

Bésala... bésala... Tú no sabes, muñeca, la vida que puedes dar con esos besos.

ANDRÉS

La señora.
(El Poeta se pone en pie y va á ocultar, con su cuerpo, entre el diván y la puerta, el cuerpo de la niña. Carmen aparece.)

ESCENA VIII

DICHOS y CARMEN por el foro con la muñeca

CARMEN

¡Pobre nenita mía! ¡Cuánto sueño tiene! Mirad; si queréis darle un beso... Pero sin despertarla. También para los abuelitos hay que guardar un poco, ¿verdad, hijita?... Mira, papá... acércate... ven. Y tú. (El General se acerca; el Poeta apenas se mueve.) En la frente... cuidado... así... (El General besa á la muñeca.) Ahora, á dormir. (Se dirige al diván.)

GENERAL

(Deteniéndola.) ¡No!... Espera, Carmen...

CARMEN

¿No?... ¿Por qué?

POETA

No hagas caso, Carmela; deja á tu niña y ven á escucharme. Quiero contarte la historia de una muñeca que sabía besar.

CARMEN

¿De verdad?

POETA

Como lo oyes. Deja á tu niña y escucha.

CARMEN

(Avanza acariciando á su muñeca.) Sí... que duerma... ¡Mi alma!... ¡Mi chiquitina mía!

GENERAL

(A media voz, á Andrés.) ¡Por Dios!... Esa niña; lleváos á esa niña de ahí. (Carmen, al llegar junto el diván, levanta el rostro y ve á Inesilla. Queda clavada, blanca, fijos sus ojos en aquella muñeca que la mira.)

INÉS

No es mamá...

CARMEN

(Sus brazos se aflojan; la muñeca, resbalando, rueda al diván y al suelo. Dóblanse sus rodillas y cae hundiendo su frente en la tela del mueble. Un sollozo de angustia vela su voz.) ¡Oh! ¿Y mi hija?... ¡Mi hija!

GENERAL

Mi Carmen...

POETA

(A Inés, llevándole los bracitos al cuello de Carmen.) Que es tu mamá, chiquilla... Bésala... al cuello esos bracitos..

Así... Aprieta... Fuerte. Y tú, Carmen, recibe esta muñeca que tus viejos te regalan. Será tu hija, ¿verdad?... Lo es ya, ¿verdad que sí? Buscando á tu nena se ha marchado su madre; no sé si se habrán encontrado, pero es bastante que estéis juntas vosotras. ¿Me oyes, Carmen? ¿Me entiendes?

CARMEN

Sí. (Alza la frente, brillan sus ojos, inundados de lágrimas, y abrazando á Inesilla, llena su rostro de una lluvia de besos locos, frenéticos.)

POETA

(Triunfante.) ¿Lo ves, militarote? ¿lo estás viendo? Si es la infancia... Es la bendita infancia quien volverá la vida á la otra madre.

TELÓN

Precio: UNA peseta